



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA

Escuela de Historia
Centro de Investigaciones Históricas de América Central
Postgrado Centroamericano en Historia
Número especial de Diálogos. Revista electrónica de Historia



X 9° CONGRESO
CENTROAMERICANO
DE HISTORIA
Universidad de Costa Rica

ISSN 1409- 469X

Fecha de recepción: 15 de mayo 2008
Fecha de aceptación: 30 de mayo 2008

La espacialidad del tiempo,
Discurso e historias

Miembros del Consejo Editorial:
Dr. Ronny Viales, Dr. Juan José Marín

Editores Técnicos:
Allan Fonseca, Andrés Cruz, Gabriela Soto



www.novenocongreso.fcs.ucr.ac.cr



La espacialidad del tiempo,

Discurso e historias¹

Boris Berenzon Gorn

Georgina Calderón Aragón

Colegio de Historia, Facultad de Filosofía y Letras,
UNAM. bberenzon@prodigy.net.mx

Colegio de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras,
UNAM. cat_odisea@yahoo.com.

1 ♦Este trabajo se inserta dentro del Proyecto de Investigación Internacional Interdisciplinario *en búsqueda de una concepción de Tiempo Espacio desde América*. (IPGH-OEA y UNAM).



El origen del mundo

Antes del mar y de las tierras y, el que lo cubre todo, el cielo,
uno solo era de la naturaleza el rostro en todo el orbe,
al que dijeron Caos, ruda y desordenada mole
y no otra cosa sino peso inerte, y, acumuladas en él,
unas discordes simientes de cosas no bien unidas.

Ningún Titán todavía al mundo ofrecía luces,
ni nuevos, en creciendo, reiteraba sus cuernos Febe,
ni en su circunfuso aire estaba suspendida la tierra,
por los pesos equilibrada suyos, ni sus brazos por el largo
margen de las tierras había extendido Anfitrite,
y por donde había tierra, allí también ponto y aire:
así, era inestable la tierra, innadable la onda,
de luz carente el aire: ninguno su forma mantenía,
y estorbaba a los otros cada uno, porque en un cuerpo solo
lo frío pugnaba con lo caliente, lo humedecido con lo seco,
lo mullido con lo duro, lo sin peso con lo que tenía peso.

Tal lid un dios y una mejor naturaleza dirimió,
pues del cielo las tierras, y de las tierras escindió las ondas,
y el fluente cielo segregó del aire espeso.

Ovidio, (*La Metamorfosis*).

Preámbulo



Ovidio es un amante de Roma, su ciudad, como Biblis lo es de su hermano. El imposible y prohibido amor de este se expresa en lágrimas, y éstas junto con Biblis se transforman en un germen, en un lugar geográfico conocido; el amor de Ovidio por Roma, siguiendo a Ovidio es fácil decir que una de las grandes *metamorfosis* del hombre es el amor por el espacio y el tiempo, permanentemente movibles, No es una casualidad que a la historia, la geografía, la biología y la física, acierten desde disímbolos, y a veces encontradas posiciones, opuestos puntos de vista, un arma indestructible, la traslación y la interpretación de las coordenadas sociales². Es entonces cuando la palabra permite descubrir el gran tejido del *tiempoespacio*, la construcción de los discursos, la posibilidad de nombrar, enumerar e interpretar, el tener, el ser y el otro, para mostrarnos una vez más, que la Torre de Babel de las disciplinas sociales tienden a ser cada vez más relativas, en vez de empobrecernos, siempre nos llena de riquezas. Así espacio y tiempo mantienen viva esta transferencia que deambula entre el discurso, el tiempo y el espacio para darle sentido a la interpretación histórica y geográfica, víctimas y seductoras de estas pasiones.

¿La espacialidad del tiempo?

Sí. Tiempo y espacio es un binomio indisoluble por si mismo, una construcción social que permite establecer, dos puntos imaginarios para la existencia humana desde la más remota antigüedad hasta nuestros días ha sido la pregunta ontológica *¿ser y estar?* Por ello es imposible desasociar al tiempo y al espacio ya tenemos mucho camino andado en este sentido si revisamos la teoría de la relatividad que plantea que no hay un espacio absoluto, inmóvil donde puedan imaginarse coordenadas respecto a las cuales se dan movimientos absolutos; todo movimiento de un cuerpo respecto al otro es relativo y se puede tomar convencionalmente cualquiera de los cuerpos en reposo, Según Einstein, las propiedades geométricas del espacio no son independientes sino

2 Boris Berenzon Gorn y Georgina Calderón Aragón, *Coordenadas Sociales, Más allá del Tiempo y el espacio*, UACM, México 2005.



que están condicionadas por la materia, de manera que el espacio universal es finito, como el universo material.³

El espacio es un contenedor que no cambia desde su establecida formalidad, a menos que se entienda como un producto social dialectico en donde la naturaleza es apropiada o significada por el ser, de allí la pregunta: ¿La temporalidad del espacio? Establecer los paralelismos y las conexiones entre la geografía, entendida ésta como la construcción del espacio, y la historia como la construcción del tiempo, tiene un primer encuentro en la interpretación, en atribuir cierto significado a un lugar o a un hecho, pretendiendo encontrar y revelar para otros el significado de ciertos discursos, o bien dar forma a una idea o deseo de otro, el científico o el artista, reflejan en ello, su propia sensación, a lo que copia, reproduce o ejecuta. Proceso que si no se cumple en la investigación no permite el análisis de la realidad siempre en movimiento, se queda en la mera crónica; para mostrarnos una vez más que la esencia es un imaginario en las disciplinas sociales, a menos que se pretendan mirar desde una óptica positivista, que más que interpretar declara al espacio y al tiempo como parte del proyecto progresivo de las naciones que se fundamenta en la evolución y el desarrollo, ambos conceptos fallidos, o es acaso que ¿un espacio geográfico puede determinar el sentido y el sentimiento de territorialidad por sí sólo?

Pensar en la geografía desde la historia es plantearse la búsqueda del cambio en donde se enlazan las coordenadas del espacio y el tiempo y no la estabilidad de las mismas como algunos autores han propuesto un imaginario estático frente a dos conceptos en permanente movimiento e interrelación.

La geografía desde la mirada histórica, permite adentrarnos en la acción colectiva, en particular en aquellas acciones bajo los cuales las personas comunes, los seres cotidianos, comparten un

3 William Pearce, (Comp.), Albert Einstein et.al., *La Teoría de la Relatividad*, Madrid Alianza 1993.

conjunto de intereses, actúan o dejan de actuar con base en la economía, las relaciones amorosas, geopolíticas es decir la cultura.

Las interpretaciones⁴ requieren basamento teórico espacio-temporal porque obviamente los medios conocidos de acción que están disponibles a las personas varían significativamente como producto acumulativo de la experiencia humana e influyen fuertemente la probabilidad y el carácter de la acción colectiva dejándola plasmada en el espacio.

La historia envuelve la reformulación temporal de nuestras ideas respecto a grandes cambios: notablemente la construcción o reconstrucción del Estado-nación; la vida política; la presencia religiosa y sus estrategias de ubicación; la formulación de proyectos e invenciones de ciudades a partir del intercambio de las necesidades y de las propuestas ideológicas que después demarcan el discurso de las regiones, como lo muestra la microhistoria, lo que se hace evidente cuando comparamos espacios determinados que en apariencia son similares.

Historizar la geografía, pongamos un ejemplo, El mapa plasma como una postal, un momento que al término de su elaboración se encuentra modificado por la realidad de la que surgió, como cualquier fuente histórica. Cabe señalar que los mapas también contienen la carga ideológica de quién lo manda a hacer, de quien lo hace y de quien lo interpreta en ese momento, de ahí su instantaneidad. Los mapas son el resultado de la resignificación del espacio desde una nueva simbología, ya que representan una realidad desde patrones disímbolos, en donde se juegan los imaginarios temporales sobre el espacio, pero también los espaciales que modifican al tiempo. La recuperación de las fuentes permite, si se analizan desde distintas ópticas temporales y espaciales, reconstruir el proceso de los cambios estructurales, sociales y de apropiación de la

4 Sansonetti, Paul-Georges, “El Hermes del Grial” en Alain Verjat (ed) *El Retorno de Hermes*, Barcelona, Anthropos, 1989.



naturaleza, que se evidencian en dichas relaciones. En efecto, mientras que a nivel del individuo construimos descriptivamente una entidad que llamamos “yo”, que nos permite conservar una identidad geohistórica, a nivel grupo construimos descriptivamente una entidad que llamamos “nosotros” y que situamos con relación a un espacio y a una tradición compartida, es decir, a un territorio.

La identidad social y cultural de un grupo humano se construye descriptivamente en un discurso que lo sitúa en un espacio delimitado por fronteras geográficas y cronológicas imaginarias. La identidad de grupo que es inseparable de la reconceptualización del pasado a través de los mapas, pero también el discurso para nombrar entidades, no necesariamente se identifican con el sentido de territorialidad. La identificación ocurre, el discurso que se construye como miembro de una cultura se identifica con el discurso que se elabora como practicante de una disciplina social

Pensar geohistoricamente

Se trata de replantearse el entrecruzamiento de estructuras, coyunturas y eventos si quiere alcanzar la complejidad del mundo actual y la forma de armar los crucigramas historiográficos. Así los discursos reemplazarían a los eventos en la secuencia y quizás en vez de estructuras y coyunturas habría que hablar de continuidades y rupturas⁵.

¿Qué más se necesitaría hacer? Lo primero sería alcanzar vuelo y profundidad en el ejercicio historiográfico. Habría que trabajarlo todo: geología, paleontología, clima, vientos y corrientes marítimas, flora y fauna, arrecifes, formaciones calcáreas, volcanes, dunas, montañas, estuarios, penínsulas y cabos -esto parece como el índice de un texto de geografía-, y luego todos los patrones de poblamiento y movimientos migratorios de los últimos quince mil años. Y habría que examinar las economías, que a veces han resultado competitivas y a veces complementarias, y las sociedades, en su infinita variedad, y la compleja sucesión de los sistemas políticos.

5 Nisbet, Robert. *Historia de la Idea de progreso*, Gedisa, Barcelona, 1998.



Todavía quedaría la tarea de comparar culturas y ver su cambiante riqueza, los sistemas y ritos y costumbres, las celebraciones y jolgorios, las venganzas y cimarronadas, el humor, la música y las artes visuales, las tradiciones literarias, la expresiones religiosas, con sus sincretismos y sus misterios, las lenguas y los lenguajes no verbales, las maneras de representar conflictos y solidaridades, los comportamientos sexuales, las iniciaciones y las despedidas de duelo, los sistemas escolares y las prácticas educacionales y las manifestaciones contraculturales ajenas a la oficialidad. El inventario apenas quedaría iniciado, y no hemos mencionado todavía prácticas de higiene y de curación, sistemas de justicia, patrones de vivienda; no hemos hablado de las oposiciones de campo y ciudad, de islas y continentes, no hemos repasado los recurrentes conflictos de las metrópolis, ni hemos hecho alusión a las oposiciones de género, de generaciones, de clases y de imaginarios colectivos, ni hemos invocado las fluctuaciones de los movimientos obreros. Es decir describir las dimensiones de las distribuciones espaciales y temporales

Las ciencias sociales -entendidas desde el patrón de la modernidad- son a las vez que jóvenes desgastas así lo muestran las geopolíticas del conocimiento.

Su nacimiento, desarrollo y **cambio** como ciencias, o disciplinas distintas, están permeadas e influidas por los cambios ideológicos, políticos y económicos que ha vivido el mundo desde la generación del **imperialismo**, su consolidación y transformación en globalidad. Al mismo tiempo que las ciencias “naturales”, pretendidamente exactas, experimentales y físicas también crecían, se desarrollaban, eran cuestionadas y se superaban, acercándose unas y otras. Los avances de la **física** contemporánea atómica y subatómica, tanto la teoría del campo unificado como el principio de indeterminación dan cuenta de ello.

Immanuel Wallerstein, hace una recapitulación de este período, explica la dificultad para el éxito de la Geografía como disciplina y nos presenta una propuesta de categorización de cinco formas de interpretar el binomio *tiempoespacio*, ligadas al nacimiento, evolución e interés de las ciencias sociales, bajo su concepción del desarrollo de nuestro sistema histórico contemporáneo⁶, el sistema-mundo actual, y su convicción de que está llegando a su fin. Da como resultado un manejo particular la concepción braudeliana del tiempo muy largo, el largo y lento y el corto. Habiendo nacido las ciencias sociales bajo la égida del positivismo y en el período del surgimiento del imperialismo, de por sí, se colocan bajo el proceso de dominación y hegemonía reinante: el de la sociedad occidental liberal-capitalista y una tendencia a la diferenciación entre ellas y la especialización. Esto hace que la concepción *tiempoespacio* eterno se ligue a la Economía, la Sociología y la Ciencia Política y a la concepción *tiempoespacio* geopolítico episódico e influya en la Historia, la Antropología y los llamados Estudios Orientales. La geografía, como transitaba entre estas dos concepciones, en consecuencia, se vio en dificultades para madurar con un perfil propio.

Y es que para la visión dominante del mundo, la de los imperialistas occidentales, convenía postular la irrelevancia del tiempo y del espacio en las condiciones de dominación de unos países y unas clases sobre otros consideradas como “naturales”. Sólo consideraba importante el tiempo y el espacio con relación a eventos y acontecimientos individuales e inmediatos con significado sólo en función de sí mismos y no del contexto general, social e histórico de largo plazo. La historia y la geografía se consideraban como algo dado y externo, en lo general no cambiante, y sólo con cambio en lo “evenementielle” y con referencia al “tiempo corto”.

6 Quijano, Anibal and Immanuel Wallerstein, “Americanity as a concept, or the Americas in the modern-world system. 2003.



Pero un número importante de científicos sociales rechazó esta reducción, entre ellos los historiadores de *Annales*, Febvre, Bloch y Braudel que pusieron énfasis en el *tiempoespacio* ideológico cíclico y el *tiempoespacio* estructural. El centro de su argumentación, es para este ponencia que los conceptos, **herramientas** clave que utilizamos para hacer un análisis del tiempo desde la geografía y otro desde el espacio para la historia, para explicarnos las construcciones y usos que hacemos del *tiempoespacio*. Sí, las explicaciones son posibles desde el punto de vista de reglas generales del comportamiento, pero solamente dentro del contexto de **estructuras** específicas del largo plazo, que prefiero llamar “sistemas históricos”.

Es de reconocer, subraya Immanuel Wallerstein, la no-neutralidad de las conceptualizaciones que no reconocen categorías que explican la historia inmediata en un lapso de tiempo mayor. Es decir, que implican una definición de la situación derivada de una evaluación de la ubicación de **grupos** particulares en el tiempo y el espacio (*tiempoespacio* cíclico ideológico); o que son categorías por medio de las cuales tratamos los fenómenos de un plazo más largo; y que, de hecho, son definiciones de la clase de sistema que vivimos, así como sus fronteras en el tiempo y el espacio (*tiempoespacio* estructural). Lo que lleva a reconocer una quinta concepción *tiempoespacio* sumamente importante y olvidada en la ciencia social y la **ideología** dominante, la transformacional que subraya la excepcionalidad del acontecimiento, su **calidad** especial y su profundo efecto en todas las grandes **instituciones** de nuestro mundo, y recalca los efectos de los acontecimientos en el cambio de los sistemas históricos.

El interdiscurso *tiempoespacio*

Reflexionar sobre los conceptos esenciales de la humanidad, tiempo y espacio, sustrato de todas las disciplinas, resulta hoy fundamental porque al asistir o bien a una nueva crisis de la historia y

de la cultura o a un solipsismo ecléctico este solipsismo es una de las principales dificultades del paradigma actual del conocimiento. El sujeto pensante se encuentra aislado de lo real, de lo que le es externo, cerrado sobre sí mismo. El objeto se vuelve, en este sentido, una mera construcción del sujeto. Se hace así casi imposible encontrar criterios para diferenciar lo verdadero de lo falso, o sea, en los casos en que la idea corresponde a lo real y aquéllos en que no, ya que no hay una instancia independiente del sujeto; no hay en este sentido objetividad. Veremos en seguida, en qué medida el acudir al lenguaje puede significar un intento de superación de este problema. Sin embargo, a pesar de que no se pueda hacer más, en el marco del pensamiento moderno, así como en el contemporáneo, recuperar el fuerte realismo clásico, se debe evitar el idealismo subjetivista que tiene como consecuencia el solipsismo. La noción de intersubjetividad parece venir a cumplir este papel. Hay que indagar en las coordenadas sociales para refundarlas o resignificarlas⁷.

En su clásica disertación, *El discurso del poder*⁸, datada simbólica y sintomáticamente en 1968, Michel Foucault propone que en “el campo de los acontecimientos discursivos” conviene “restituir al enunciado su singularidad de acontecimiento”. Con ello manifiesta que el archivo y las fuentes no son considerados “ya simplemente como la puesta en juego de una estructura lingüística... se trata de su irrupción histórica” es decir poner en juego el papel de la interpretación en la historia y la geografía.

De la provocadora complejidad del texto de Foucault adviene aquello que más adelante Michel De Certeau⁹ nombrará *la toma de la palabra*, la conciencia como existencia del pensar y el hacer y

7 Boris Berenson Gorn: “La re/significación y la historia. en *Frenia, Revista de historia de la psiquiatría*. Madrid, España 2003. La re/significación y la historia” propone una forma de hacer historia a partir de la interpretación, mediante la posibilidad de entrelazar el psicoanálisis, la retórica y la historia, resultando todas ellas en la resignificación de la interpretación del pasado. A partir de temas como la angustia de la interpretación histórica, la objetividad y la nueva narrativa se llega a entender el compromiso histórico y el arte de la memoria.

8 Michel Foucault “Respuesta publicada en *Esprit*, El discurso del poder p. 72.

9 Michel De Certeau, *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, México, UIA-ITESO, 1995, p.235.

Julia Kristeva llamará, “El conformista disconforme”. Haciendo eco del “presagio” de Kristeva, la historia nunca se repite, dicen los repetidores de la historia.¹⁰

Estos son los grandes residuos de la filosofía moderna, una de las consecuencias de esta contradicción fue que la ciencia considerada “clásica” seleccionó y modeló objetos de estudio de manera tal que se prestaron al descubrimiento de leyes generales, porque se situaron fuera del tiempo y del espacio.

La ciencia “clásica”, -la que sigue creyendo en el imaginario de la objetividad- puede explicar, por ejemplo, el comportamiento de los gases, pero no el clima de mañana. Por ello, la aportación de Prigogine en la comisión Gulbenkain modificó el sentido de las ciencias sociales al plantearse una nueva “ciencia abierta” que trastocó el paradigma de los modelos explicativos al interior de diversas áreas epistemológicas.¹¹

Las diferencias epistémicas entre las culturas buscan explicar desde diferentes campos como la filosofía; la física, la biología o el psicoanálisis “la realidad”, el mundo físico, para demostrar que lo que existe fuera de la mente del hombre, no es igual a la suma de los conocimientos de esa realidad, pero ambos son inseparables y se acercan entre sí cada vez más. El conocimiento del mundo físico es un proceso por el cual el hombre, con capacidad y limitación específicas para percibir y pensar, motivado por sus necesidades y su voluntad y formado por cierta cultura, se relaciona con dicha realidad y se la representa. Somos un producto del mundo físico y también lo elaboramos subjetivamente.

Las categorías tiempo y espacio son construcciones que realiza cada sujeto en el marco de una cultura determinada y en el que se juegan el real, el simbólico y el imaginario. En el campo de la semiología encontramos que el tiempo y el espacio establecen paralelamente procesos en dos

10 Julia Kristeva, *Los samurais*, Plaza & Janés, Barcelona, 1990, 344 p.

11 Ilya Prigogine, I. Stengers. *Order out of Chaos*. New York, Bantam Books Inc, 1984.

dimensiones lineales y planos que producen efectos en el discurso.

La temporalidad y la espacialidad le imponen una secuencia al lenguaje oral o escrito, las rupturas discursivas son visibles en la interpretación de cada proceso, así como en las creaciones artísticas. Los cronistas, creadores e investigadores son muy poco precisos, cuando se avocan a estos conceptos se satisfacen con presentar fórmulas sombrías del tipo “en tiempos del rey Arturo”, “la época de Carlomagno” “hacia el lapso del Adviento”, “era tiempo de *Pesaj*” “cuando los días se acortaron” “la pequeña ciudad” “el gran territorio”.

La trama de un relato literario o la simple narración coloquial de un hecho cotidiano, desde el positivismo, está determinado por las relaciones del tipo causa y efecto que condicionarían la aparición de juicios de valor, en términos bueno-malo, bello-feo.

Van Dijk denomina a esta categoría evaluación que, junto con la trama, forma la verdadera historia. Estaríamos autorizados a preguntarnos si las variables en el tiempo y el espacio *antes, aquí, ahora, allá, después*, estructura de toda narración, conllevaría a la aparición de lo que podríamos denominar un trasfondo ético, estético y ontológico del tiempo y el espacio; hablar es hacer, hablar es expresar formas de vida, historias pero también supone construir formas de vida. Los discursos no poseen interés por el hecho de ser expresiones de la práctica social, sino por el

de contribuir a determinados fines, a saber, el de ejercer el poder a todos los efectos. Y lo hacen así porque están institucionalizados y se hallan regulados, porque se encuentran vinculados a la acción.

Desde el psicoanálisis la investigación de los procesos psíquicos constituye una ruptura con la concepción de temporalidad tradicional. A partir del psicoanálisis es posible establecer otros ordenamientos en la categorización del tiempo y el espacio y re-pensar sus efectos en el discurso. Propuesta que abre los horizontes para una nueva significación de estos conceptos, pensemos por ejemplo en la escansión¹² como una alternativa de ruptura interpretativa.

Un análisis de los orígenes del tiempo y el espacio podría aportar una mejor comprensión de sus efectos no sólo en el lenguaje sino también en la estructuración del pensamiento; es lo que Paul-Georges Sansonetti expresa como “el espacio de los límites que imponen la densidad, la gravedad, el tiempo y la extensión sin límites de las potencias y la eternidad.”¹³

La historiografía, entendida como una retórica del *TiempoEspacio*, constituye una referencia permanente de la diversidad de la construcción del discurso en el que se acuñan el tiempo y el espacio como categorías o conceptos que se amalgaman en la interpretación del pasado, lo que

12 A continuación resumimos la idea de escansión de Frida Saal La práctica de sesiones de duración variable es una marca distintiva del psicoanálisis lacaniano. El término *escansión* -que en el lenguaje de la poética significa medida de los versos- ha sido adoptado para designar ese punto, variable en el tiempo cronológico, dependiendo de lo que sucede allí, en que la sesión se interrumpe. El vocablo se ha generalizado en este nuevo sentido y se ha integrado al vocabulario psicoanalítico. Es decir que “*se produce una subversión del tiempo convenido*”. se ponen en juego tres dimensiones temporales :a) la sincronía del momento de la mirada que correspondería al registro de lo *imaginario*; b) la diacronía del tiempo para comprender, donde estaría en juego el registro *simbólico* concretado en la tarea asociativa, y, c) la puntuación, el tiempo para concluir con el corte, que impone un borde infranqueable a las otras dos dimensiones y que corresponde al registro de lo *real*. Al transcurrir la sesión el analizante sustrae de la sincronía del ello, de ese espacio sin tiempo, los motivos que temporaliza asociativamente en la diacronía de su encadenamiento discursivo. Se juega allí en la interacción preponderante de dos registros. Imágenes y recuerdos son transpirados por la sucesión de las palabras. Se simboliza la imagen y el ritmo de las asociaciones puebla el espacio analítico.

13 Paul-Georges Sansonetti, “El Hermes del Grial”, en Alain Verjat (ed) *El Retorno de Hermes*, Anthropos, Barcelona, 1989, p. 152.

la hace ilimitada entre las culturas. Esta disquisición entiende que la categoría *TiempoEspacio* es una construcción que se realiza intersubjetivamente en el marco de culturas determinadas e indeterminadas. Señala Koselleck:

Desde el siglo XVIII espacio y tiempo son habitualmente referidos el uno al otro, pero no espacio e historia. Las ciencias naturales desarrollan sus propias teorías y procedimientos de medida para analizar el espacio y el tiempo, del mismo modo que las ciencias humanas tienen sus propias teorías y procedimientos de medida para manejar el espacio y el tiempo como conceptos históricos o geográficos predominantemente. Esta contraposición entre las categorías científicas e históricas del espacio y el tiempo es moderna.¹⁴

En el campo de la semiología se entiende, de la misma manera, que el tiempo establece una linealidad que produciría efectos en el discurso de las disciplinas sociales. La temporalidad le impone una sucesión al lenguaje oral, escrito e incluso al no plasmado, las rupturas son observables en la creación e interacción de las sociedades. Finalmente el tiempo y el espacio son construcciones sociales y por ello son permanentemente procesos de interpretación. Por lo tanto, responden a momentos históricos específicos en razón de los procesos sociales definidos y tomados en cuenta como parte de la realidad social.

Desde la interpretación, la investigación de los procesos espaciotemporales constituye una ruptura con la concepción de la “realidad” conocida. Toda realidad es finalmente un imaginario deconstruido. A partir de ella es posible establecer otras simbolizaciones en la categorización del *TiempoEspacio* y repensar sus efectos en el discurso desde los múltiples métodos y diálogos planteados a lo largo del siglo XX y en los inicios del XXI.

14 Koselleck, Reinhart, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001.

El tiempo una desde Occidente atrapa el espacio

La experiencia espaciotemporal de nuestra cultura es el fruto de un largo proceso, una construcción¹⁵ que se inicia a principios de la Edad Media, bajo el imperio de la Iglesia Católica. Esta construcción es paralela a una estructuración del espacio y del tiempo, ambas reconfiguraciones se apoyan en una propuesta iconográfica y con una aparente racionalidad. Nuestra concepción del tiempo es el resultado de un ordenamiento instaurado por la Iglesia que se cristaliza con el almanaque gregoriano, que hegemoniza el tiempo y lo despega del ritmo anteriormente ligado a la naturaleza.

La reforma del almanaque Juliano tiene como objetivo poner en concordancia la diferencia entre el año solar y el año civil y aunque fue aceptado por la mayoría de las naciones también fue combatido, estableciéndose tardíamente en Alemania (1669), Inglaterra (1752) y en gran parte de Rusia (1878) y muy tardíamente en los países colonizados, como veremos más adelante. Desde esta perspectiva, la interpretación del *TiempoEspacio* es una herencia colonial desde los primeros enfrentamientos llevados a cabo entre Oriente y Occidente.

La fundación del almanaque gregoriano constituye una universalización del tiempo, el punto final de un proceso que comenzó mucho antes, así mismo el espacio se separó del tiempo, quedando relegado solamente al escenario en donde transcurrían los acontecimientos sociales.

Las Iglesias y los gobiernos recortaron el día en horas, en un ritmo regulado por los diversos símbolos, las campanas del monasterio por ejemplo -que también contribuyó a la paralela construcción del espacio- maitines a media noche, laudes hacia las tres horas; prima hacia las seis horas; tercia hacia las nueve horas; sexta a mediodía; nona hacia las quince horas; vísperas

15 Georgina Calderón Aragón, *Construcción y reconstrucción del desastre; plaza y Valdez México* 2001.

hacia las dieciocho horas; y completas hacia las veintiún horas. El lapso entre ellas se medía con el tamaño de las velas o con el ritmo de las oraciones. Las horas están lejos de ser iguales entre sí, varían con la latitud, la estación del año o la aplicación o bien el campanero, es decir quien las interpreta.

El tiempo fuera de los templos también está regulado por las religiones a través de las reglas de vida, las dimensiones trascendentes del tiempo, concepción de pasado, presente y futuro en torno a la presencia de un Dios y el hombre tendiendo a la eternidad como finalidad del ser.

En el ámbito urbano la relación se va tornando cada vez menos directa, el comerciante tiene que manejar el tiempo de manera diferente, la división profesional de la jornada se rige por leyes propias, y el transcurrir se traduce en dinero.

No sin resistencia cede la Iglesia su cosmovisión del tiempo a la burguesía, el tiempo del comercio, que tradujo el tiempo en dinero y más descarnadamente ejemplificada en la famosa frase moderna del capitalismo “*time is money*”. como también lo escenifica grotescamente la película *Love in the Time of Money* y desde años atrás el irónico poema de Francisco de Quevedo, “Poderoso Caballero es don Dinero” mostraba la imposición del dinero sobre cualquier otro valor. Veamos por ejemplo esa letrilla satírica que es metáfora de la acumulación originaria del capital: “Nace en las Indias honrado/ Donde el mundo le acompaña; /Viene a morir en España, Y es en Génova enterrado. Y pues quien le trae al lado /Es hermoso, aunque sea fiero,/ Poderoso caballero /Es don Dinero.”

Con la burguesía se introduce una nueva manera de medir el tiempo, cuya linealidad se apoya en la concepción judeocristiana, y queda sometida a necesidades prácticas. Secuencia temporal mensurable. Paso previo necesario para la instauración del tiempo de la revolución industrial,



El binomio tiempo y dinero llevó varios siglos. La concepción sagrada del tiempo soporta y se adapta a los tiempos y los espacios demarcados por el timbre de la fábrica, la zona de la máquina, la campana de la escuela, el área de juego. La experiencia espaciotemporal se subordina a la producción: el descanso, el esparcimiento, contemplan sólo el aumento del rendimiento del alumno y el obrero.

El ocio, el tiempo lúdico, potencialmente un pecado, al igual que en la antigüedad merece castigo. Las horas-hombre no ubicables como fuerza de trabajo, son acogidas por la cárcel o el manicomio, instituciones creadas en simultaneidad con la fábrica, como lo advierte Michel Foucault en *Vigilar y castigar*.¹⁶

En este principio de siglo, la creciente industria del ocio lo pautó estableciendo normas rígidas, incluso en cosas tan íntimas como la sexualidad, hoy impregnada por los ritmos y sitios de la pornografía. Aún los turismos de aparente aventura excluyen lo espaciotemporal al pautarla. El negocio del entretenimiento no deja afuera edades ni ocupaciones video juegos, medios masivos, computación. Casi no existen espacios de ocio relacionados con la libertad, es decir un tiempo que permita la interpretación del ser, por sí mismo.

El tiempo para el espacio

¿Cuáles serían las ventajas de una exploración en búsqueda de la historización del tiempo? Quizá la virtud de la interpretación que trascienda la mera explicación.

Su testimonio residiría en abrir un lugar para tratar de comprender, en el marco de la teoría interpretativa la instauración de los procesos de pensamiento a través de la relevancia histórica y geográfica. El riesgo sería -como lo expresa Freud en *El malestar de la cultura*-, que al

16 Ver Michel Foucault, *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, México Siglo XXI, 1984.

equiparar el desarrollo cultural al desarrollo psíquico del sujeto, se cayera en meras analogías. Dicho planteamiento lo retoma Paul Ricoeur en varios de sus libros, principalmente en *Freud: una Interpretación de la cultura* cuando sugiere que la narración constituye un ejercicio de translaboración que corresponde al acto de narrar, explicar, leer e interpretar en la experiencia del tiempo y el espacio al que se adscriben nuestros diversos discursos disciplinarios.

Pero la ficción y la creación nos protegen contra la monotonía y la vulgaridad de la existencia. En ella descansa y se recrea nuestra encadenada fantasía del *TiempoEspacio*, mezclando sin orden ni concierto todas las imágenes de la vida e interrumpiendo con su alegre juego infantil la continúa seriedad del adulto. Sin nuestra vivencia lúdica envejeceríamos antes recorreríamos el *TiempoEspacio* de una manera apresurada.

El conocimiento del inconsciente¹⁷ como lenguaje pertenece al dominio de la cultura, comprendiendo ésta el sueño, la religión, el arte, la moral, su interpretación, al método de la hermenéutica, y finalmente, a la propuesta que cada autor hace de la temporalidad con relación al concepto de símbolo y la necesidad de abordarlo desde una filosofía del lenguaje. Somos biografía e historia.

La universalización del tiempo occidental establece una continuidad, y una calificación del tiempo, la del destino sin más, sin salida, sin posibilidad, es el camino de la fatalidad. La primera tiene como consecuencia una teoría completa del mundo; la segunda implica que el tiempo y el espacio están provistos de cualidades.

La interpretativa que como práctica revela la atemporalidad a través de los procesos psíquicos en la cual el no-tiempo escapa a una calificación ética o por lo menos social, ¿podría como disciplina ampliar la capacidad del pensar? Para hermeneutas como Gadamer, Ricoeur, y desde otros lugares Foucault y Jacques Derrida, la interpretativa despliega una experiencia de tarea en

17 Ver Jacques Rancière, *El inconsciente estético* p. 67



donde nuestras producciones textuales constituyen un dispositivo narrativo de comprensión e interpretación, experiencia esta que comporta el despegue de una práctica temporal la cual no se enmarca en una historicidad cerrada, sino abierta a la significación de lo que hemos de ser ante nosotros mismos.

Crisis cultural, un síntoma de los conceptos tiempo y espacio

Una de las contribuciones más importantes del análisis del sistema-mundo moderno es, el haber fracturado la idea hegeliana, previamente judeocristiana, de una historia que desde el origen del mundo secular o judeocristiano, sigue en forma lineal y ascendente hasta el final de los tiempos, sea este el juicio final, la revolución del proletariado o los fines de la historia. El análisis del sistema-mundo moderno fragmentó esa hegemonía al mostrar la variedad espacial y temporal en las que se entretrejen memorias y construcción o reconstrucción del pasado; es ahí donde nacen las posibles interpretaciones de la historia y la geografía, ser para el tiempo o ser para el espacio, metáforas o símbolos de la existencia, del paso de las sociedades a través de los misterios que hemos formulado para reconstruir nuestra existencia y su trascendencia. *La “invención” de América* de Edmundo O’ Gorman o, como dirían el mismo Immanuel Wallerstein¹⁸ junto con Aníbal Quijano, varias décadas después de O’ Gorman, “la Americanidad como concepto o las Américas en el sistema-mundo”, tuvo papel fundamental en esa transformación, y más adelante señalan: “El moderno sistema-mundo nació a fines del siglo XVI. Las Américas como un constructo neosocial vio la luz también a finales del siglo XVI. La creación de esta entidad neosocial, las Américas, fue el acto constitutivo del moderno sistema-mundo. Las Américas no fueron incorporadas dentro de la ya existente economía mundial

18 Walter D. Mignolo, *Historias Locales/Diseños Globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamientos fronterizos*, Madrid, Akal, 2003



capitalista. No podía haber una economía capitalista mundial sin las Américas.”¹⁹

La incorporación de las Américas al sistema mundo-moderno no fue sólo económica sino fundamentalmente epistemológica y por ello interpretativa. En el siglo XVI no existía todavía la narrativa de la economía política, que se articulará en el XVIII con los fisiócratas y, sobre todo, con Adam Smith. En el XVI el modelo hegemónico de conocimiento era la teología. Y no sólo la fe, sino toda forma de pensar y categoría de pensamiento que no proviniera del latín y estuviera enraizado en la lengua y el pensamiento griego, quedaban fuera de la historia. Así, en el siglo XVI quedaron fuera de “la historia” no solo las memorias indígenas, sino también las del mundo árabe islámico expulsado de la península, y las diversas comunidades de África, truncadas de su pasado por el masivo comercio de esclavos. La teología, como política del conocimiento, fue desplazada y complementada, a partir del siglo XVIII por la egología, desde Descartes en adelante, como política del conocimiento que sustentó tanto la transformación secular de la filosofía como el pensamiento científico. En todos los casos el ser y el estar eran explicados y no interpretados, tiempo y espacio eran un nudo que no permitan ser resignificados.²⁰ Fue así necesaria la invención del concepto de geopolítica del conocimiento,²¹ que surgió precisamente en y desde los países del Sur²² (para poder mostrar, por un lado, la dimensión universal de la teología y la egología que ocultan su propia geo-política²³ para afirmar otros “espacios de las

19 Quijano, Anibal and Wallerstein, Immanuel. “Americanity as a concept, or the Americas in the modern-world system”.

20 Berenson La resignificación de la historia p.35

21 Ver Walter D Mignolo, *Historias Locales/Diseños Globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamientos fronterizos*, Madrid, Akal, 2003

22 Ver Enrique Dussel, *Ética de la liberación, en la edad de la globalización y de la exclusión*, México, Trotta, 1998

23 Enrique Dussel, *Ética de la liberación, en la edad de la globalización y de la exclusión*, México, Trotta, 1998

historias.”

Quijano y Mignolo han señalado en diversas obras que en las Américas se juntaron en el siglo XVI tres tipos de “historias”: la de las civilizaciones indígenas, la de los cristianos europeos y la de los africanos esclavos. Pero solo un tipo de historia prevaleció como modelo de la historia. La especialidad de las historias de las que describimos, es la de nuevos sujetos de la enunciación, más que una ampliación de las propuestas de la historiografía; lo que las distingue no es un problema de método o de normas disciplinarias, sino de *subjetividad* que se metaforiza. La una no es necesariamente superior a la otra, sino que son, *belle et bien*. Esta es, en suma, la espacialidad de las historias, y las relaciones de poder epistémico, que trajo consigo la expansión colonial de los países cristianos occidentales que fundaron y desarrollaron la economía capitalista.

Lo que está en juego, en última instancia, es la *ruptura epistemológica espacial* que pone de relieve la geo-política del conocimiento como contestación y la problematización de ambas, la especialización de las historias, en la ruptura epistemológica espacial, cuestiona la universalidad de *las rupturas epistemológicas temporales* (como las epistemes de Foucault o los paradigmas de Khun). No son, en última instancia, nuevos contenidos o nuevos métodos que transforman, el proceso lineal continuo, la práctica de la historia y la geografía muestran que lo está en juego son nuevos términos de la construcción del ser y por supuesto de la historia y la geografía.